



CONCHITINA

JUAN DE DIOS JIMÉNEZ AGUILERA | Economista

«En Andalucía existe voto económico, pero al votar aún manda el corazón»

CARLOS MÁRMOL SEVILLA Granadino y malagueño en porcentaje desigual. Nació en la capital histórica de Andalucía oriental y estudió en Málaga, donde se doctoró en Ciencias Económicas. Catedrático de Economía Pública, ha sido consejero de La General de Granada. Sus investigaciones versan sobre el sector público, el turismo, las políticas de gasto y la influencia de los factores económicos en el voto. Quedamos en la sede de la UNIA, donde ocupa una vicerrectoría. Interior día.

PREGUNTA.—¿A usted le gustan los números?

R.—Sí. De hecho, al pensar qué estudiar dudé entre Matemáticas y Económicas, pero los matemáticos me parecían tipos muy serios y elegí Económicas, donde también se aplica el aparato matemático. Fue una decisión poco razonada. A los 18 años tienes ideas, pero no conocimiento profundo de las cosas.

P.—¿Se ha arrepentido?

R.—No. La economía enseña métodos para entender la realidad y tomar decisiones.

P.—¿Cuál es el papel de un economista?

R.—Mejorar la calidad de vida de las personas. Igual que un médico. Un economista del XIX, Alfred Marshall, tenía en su oficina un cuadro de un mendigo para no olvidar que su misión era mejorar la vida de la gente. Un economista debe cumplir una función social.

P.—¿En Andalucía se vota con el corazón o con la cartera?

R.—Todavía manda corazón, aunque existe un voto económico. Se-

El voto en Andalucía depende del recuerdo del pasado más que de la actualidad

Echo de menos que se mida la rentabilidad social de ciertas inversiones

gún nuestros estudios, su peso estaría entre un 12 y un 15%. El resto de factores son ideológicos y cultu-

rales. Nuestra democracia todavía es joven. En otros países el factor económico cuenta más.

P.—¿Se trata de un síntoma de convergencia con Europa?

R.—Yo diría que sí. De todas formas, en el voto económico debemos diferenciar el retrospectivo, que es aquel en el que los votantes premian o castigan a los gobernantes por su gestión, del prospectivo, que es cuando un votante elige en función de qué partido está más cerca de sus valores. Votar por las decisiones políticas sobre el gasto público no deja de ser también un voto económico.

P.—En Andalucía la tendencia del voto ha sido estable 35 años. ¿Es una anomalía?

R.—Andalucía es de las pocas regiones donde siempre ha gobernado un mismo partido. Los datos electorales que hemos manejado, recogidos por municipios, parecen estar muy influidos por parámetros ideológicos y económicos más que por otras razones. Hasta 1996 hubo estabilidad en el voto, pero desde ese momento comenzó a cambiar la tendencia, que es muy distinta desde 2008.

P.—¿Es verdad que en el interior se

vota PSOE y donde hay más riqueza al PP?

R.—La realidad territorial es compleja. En los pequeños municipios la tendencia continúa siendo favorable al PSOE; en los grandes, al PP. Nuestro análisis se basa en la aplicación de un indicador de bienestar calculado sobre diversas variables. Entre 1990 y 2008 la riqueza económica se concentró en el litoral mediterráneo, desde Cádiz a Almería. El voto ahora ya no es tan estable. Los nuevos partidos son tendencia, aunque es pronto para saber si se mantendrán en el tiempo.

P.—¿Podemos hablar de un componente sociológico en el voto?

R.—Hay relación directa entre el voto al PP y el nivel de riqueza, aunque también influyen otras variables. Donde existe más población joven se vota al PSOE; la población mayor tiende hacia el PP. El voto en Andalucía no depende tanto del momento actual como del recuerdo sobre el pasado. La sorpresa surge cuando lo analizas en función de la tasa de crecimiento: en los lugares donde se ha progresado más quien crece es el PSOE, que es quien gobierna. Cuando sube el paro, en cambio, quien se beneficia es IU.

P.—Los socialistas tendrán puntos débiles.

R.—Hay factores que explican que un partido se mantenga en la cúspide o fracase. Uno de ellos es el nivel formativo de los electores, aunque con matices. Si hubiera una relación directa podríamos pensar que a un Gobierno le beneficia que todos seamos analfabetos. Quizás algún partido extremista piense esto, pero no el PP ni el PSOE. Las diferencias ideológicas entre ambos no son extremas. Hasta 2008 en Andalucía había gente que votaba al PP y después podía votar al PSOE. Los partidos están obligados a adaptarse al público. Al final se trata de vender un producto: si los clientes cambian tienes que adaptarte y no quedarte anclado en espacios excesivamente fijos. La situación electoral es dinámica.

P.—¿La destrucción de las clases medias alterará el mapa electoral?

R.—Las clases medias lo que piden a los políticos es que sean eficientes, que usen bien los recursos, que se expliquen y que gasten con criterio social. Echo de menos que se mida la rentabilidad social de ciertas inversiones. Los políticos deberían medir el efecto de sus decisiones: si destinan recursos a cosas que no valora la sociedad pueden sufrir un castigo electoral.

P.—¿La crisis nos ha hecho más infelices?

R.—La población joven no encuentra salida. A mayor formación hay más posibilidades de salir adelante, pero debemos conseguir que la educación esté más orientada al mundo productivo, replantearnos titulaciones. La gente que sale del paro no encuentra un empleo que le permita la independencia económica. Antes de la crisis un mileurista estaba vilipendiado; ahora es todo un señor. Nuestro reto es recuperar las condiciones de antes, conservando a una clase media que pueda consumir y generar actividad.

P.—¿La creciente desesperanza social influirá en el marco electoral?

R.—El panorama va a cambiar mucho. Antes las crisis eran cíclicas, pasajeras. La tendencia económica de fondo era ascendente. La realidad y el contexto son totalmente diferentes. Hemos destruido mucha riqueza. Vivimos peor que en 2007. La desigualdad ha crecido: los que están en la cúspide social ganan más; pero los que están abajo cada vez son más pobres.

P.—¿Qué es la paradoja de la satisfacción?

R.—Consiste en que los indicadores económicos objetivos empeoran en mayor proporción que los subjetivos. Dicho de otra manera: la felicidad no desciende en exceso cuando se está mal económicamente. Sucede sobre todo en la población con menos formación del ámbito rural, donde los cambios han sido mucho menos bruscos. Su idea del progreso es diferente a la que existe en las ciudades, donde los costes de vivir son más elevados. La gente que vive en estas zonas no se siente tan insatisfecha, aunque también sufran la crisis.